

EVOCACIONES LITERARIAS

GÓNGORA, O LA ELEGANCIA

Como hacemos frecuentemente, el otro día fuimos a visitar a Góngora, en el Museo.

—¿Dónde está el retrato de Góngora, por Velázquez? ¿Lo han trasladado?

—Sí, señor. Lo han llevado arriba. Parece que lo de Velázquez es dudoso.

Y en efecto. Arriba, en el segundo piso, entre dos interrogaciones, ¿Velázquez?, está la renegrida efigie, de ancha frente, ojillos escrutadores, boca sumida y poderosa dignidad.

¿Qué nuevo, inesperado ciclón erudito, ha llevado en volandas el amado lienzo? Lo ignoramos. Durante años y más años lo tuvimos por de Velázquez, y en esta firme creencia pudo el gongorino Rubén escribir su famoso "Trébol". Don Luis de Argote y Góngora testimonia a D. Diego de Silva y Velázquez su gratitud por el retrato de esta manera:

Mientras el brillo de tu gloria augura—
ser en la eternidad sol sin poniente,—fé-
nix de viva luz, fénix ardiente,—diamante
parangón de la pintura,—de España está
sobre la veste obscura—tu nombre, como
joya reluciente,—rompe la Envidia el fa-
tigado diente,—y el Olvido lamenta su
amargura.—Yo, en equivoco altar, tú, en sa-
cro fuego,—miro a través de mi penum-
bra el día—en que el calor de tu amistad,
don Diego,—jugando de la luz con la ar-
monía,—con la alma luz, de tu pincel el
fuego—el alma duplicó de la faz mía.

Y he aquí que inesperados es-
crúpulos de erudición pictórica
arasan el soneto magnífico. He
aquí atónito, estupefacto, a don
Diego de Silva y Velázquez, reco-
giendo de manos de Rubén su
gentilísima respuesta:

Alma de oro, fina voz de oro,—al venir
hacia mí, ¿por qué suspiras?—Ya empie-
za el noble coro de las lirás—a preludiar
el himno a tu decoro.—Ya, al misterioso
son del noble coro,—calma el Centauro
sus grotescas iras,—y con nueva pasión
que les inspiras,—tornan a amarse Angé-
lica y Medoro.—A Teócrito y Pousin la
Fama dote—con la corona de laurel su-
premo,—que donde da Cervantes su Qui-
jote—y yo las telas con mis luces jemo,—
para don Luis de Góngora y Argote—trae-
rá nueva corona el Polifemo.

Y he aquí, en fin, en los Emisecos
Campos, la sombra de Rubén va-
gando, incierta y melancólica,
mientras repite emocionada:

En tanto, "pace estrellas" el Pegaso di-
vino—y vela tu hipogrifo, Velázquez, la
Fortuna,—en los celestes parques al Cisne gon-
gorino—deshoja sus sutiles margaritas la Luna.—
Tu castillo, Velázquez, se eleva en el camino
del Arte, como torre que de águilas es cuna,—y
tu castillo, Góngora, se alza al azul, cual una
jaula de ruiseñores labrada en oro fino.—Glorio-
sa la Península que abriga tal colonia.—Aquí,
bronce corintio, y allá, mármol de Jonia!—Las
rosas, a Velázquez, y a Góngora, claveles.—De
ruiseñores y águilas se pueblan las encinas,—y
mientras pasa Angélica sonriendo a las Meni-
nas,—salen las nueve Musas de un bosque de
laureles...

La misma desdichada estrella que en
lo artístico, preside en Góngora lo pul-
cramente literario. Cuando "el noble
coro de las lirás" preludia el "himno a
su decoro", y es su estro altivo y eie-

gante quien preside las victorias líri-
cas contemporáneas, vemos aliadas
contra él esas dos brujas que en otrora
le persiguieron: la Erudición y la Po-
pulacheria.

Así, en la Biblioteca Clásica, de Her-
nando, entre sus trescientos volúme-
nes, no hubo uno sólo para Góngora.
La "Colección de Clásicos Castellanos"

El ilustre hispanófilo francés mon-
sieur Thomas, autor de valiosas inves-
tigaciones sobre nuestra literatura
clásica, profesor de la noble estirpe de
los Merimée, de los Morel Fatio, de los
Fitzmaurice Kelly, de los Boris de Ta-
nenberg y de los Huszar, persigue con
hidalgo empeño el tema delicado, ar-
duo y sutil, del "preciosismo".

de gongerisme", que es como el sazo-
nado fruto de aquella flor, y nos sirve
para desaguiar al gran poeta.

Para el docto hispanófilo francés
que ha podido reconstituir documental-
mente, si no la vida material, la vida
intelectual del prócer lírico en sus tres
edades: ciclo estudiantil (sonetos de
Granada y de Salamanca); juventud, o
ciclo explorador ("Flores de poe-
tas ilustres", de Pedro de Espino-
na, y letrillas y epigramas contra
Lope), y madurez, o ciclo renova-
dor ("Soledades", "Polifemo" y ro-
mances, por nadie superados); pa-
ra M. Thomas, decimos, el "caso
Góngora es, no ya análogo, sino
idéntico al "caso Marini", el Gón-
gora italiano.

Monsieur Thomas estudia con-
cienzudamente, con una escrupu-
losidad documental que pasma, las
fuentes, el vocabulario y aun la
síntesis de ambos poetas "precio-
sistas", anotando con impasibili-
dad de erudito, las imágenes, tro-
pos y hasta palabras que tienen o
parecen tener analogía.

Así, para advertir que entre el
soneto perdurable de "La dulce bo-
ca" y la "Canzone", de Marini, hay
cuando no un desvergonzado pla-
gio, un simulado parentesco, mon-
sieur Thomas copia el soneto y la
canción, y añade: "Este "humor",
entre perlas destilado, correspon-
de a la "ambrosía" de la canción."

¿Por qué? El soneto, como se
sabe, comienza:

"La dulce boca que a gustar convida—un
humor entre perlas destilado—y a no en-
vidiar aquel licor sagrado—que a Júpiter
ministra el garzón de Ida..."

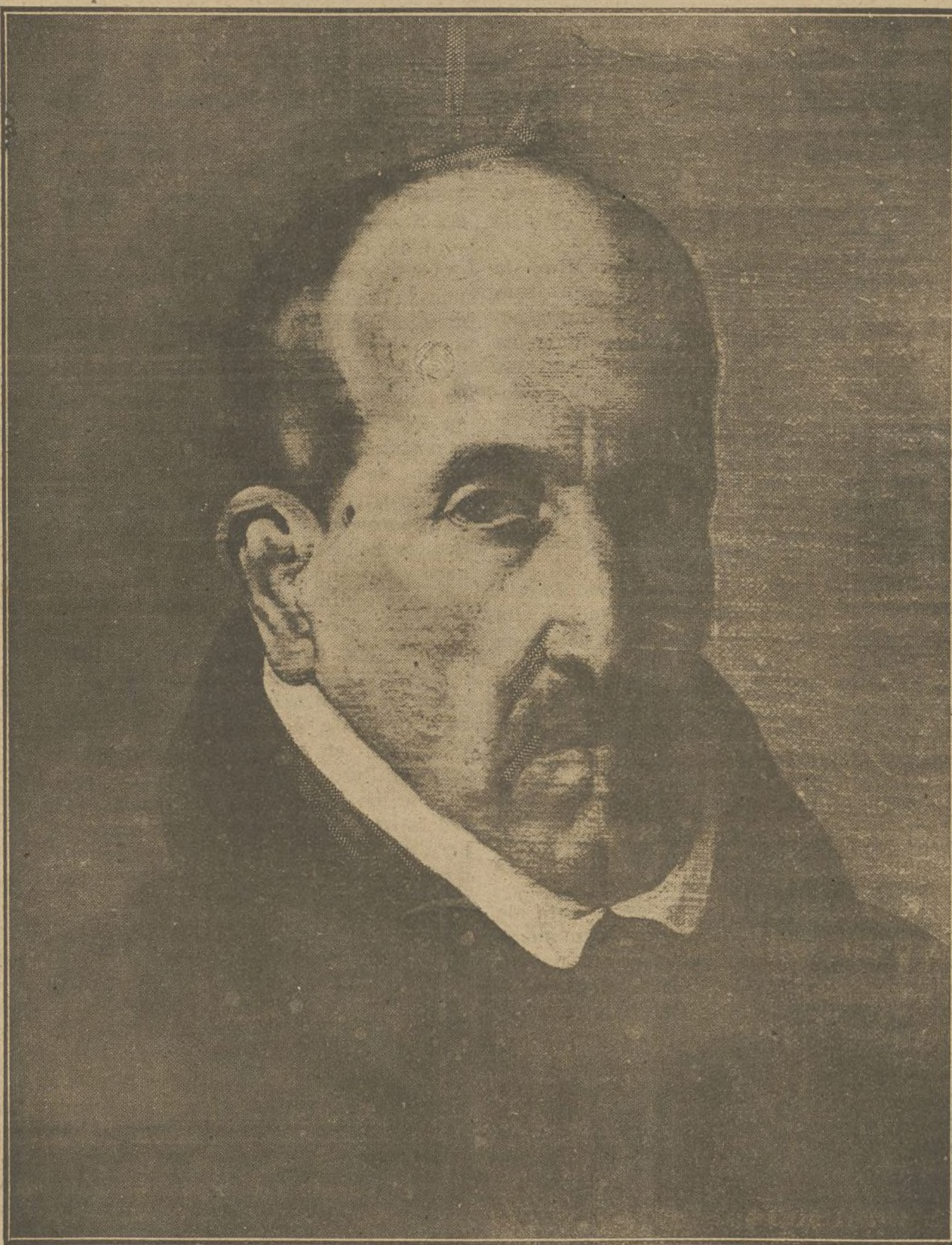
Y la canción:

"Ma quel que stampa amore,—d'ambro-
sia humido e grave—i vaghi spirti dolce-
mente sorgi..."

¿Dónde está el plagio, ni siquie-
ra la simulación?

Pero estos resquemores de eru-
dito se pueden perdonar en gracia
a la firme, maravillosa labor de in-
vestigación. Monsieur Thomas,
atravesando los estudios gongoris-
tas—donde apenas hay unas notas
fragmentarias, sin entusiasmo y
sin amor, de Menéndez Pelayo; tal
referencia o glosa, no menos frag-
mentaria e impasible, de Rodrí-
guez Marín; los olvidados "flatus vo-
cis", de Fernández Guerra y Cañete;
las notas curiosísimas, pero de lindes
eclesiásticas, del deán cordobés Gon-
zález Francés, y el "Ensayo", en in-
glés, de Churton, más bien que sobre
Góngora, sobre costumbres de la épo-
ca,—se ha puesto a la cabeza de bi-
bliófilos y eruditos.

Para M. Thomas, el gongorismo "se
distingue por la extravagancia, el des-
teco y la frecuencia de metáforas, la
afectación de lo erudito y lo profundo,
la intempestiva latinización del voca-
bulario y de la sintaxis y, muchas ve-
ces, por tendencias de gran altura ar-



RETRATO DE D. LUIS DE GÓNGORA ATRIBUIDO A VELÁZQUEZ.

de "La lectura" lleva ya treinta y nue-
ve volúmenes, sin que el egregio poeta
haya tenido ocupación. Y en las varias
"Antologías" populacheras que se dis-
putan el callejeo y los quioscos, Gón-
gora está decretalmente excluido.

Para desaguiar la memoria insig-
ne, ya que no a autores españoles, acu-
dimos a un libro extranjero. Se trata
de un volumen en francés, documenta-
do y reflexivo, donde se estudia seria-
mente a uno de los poetas más gran-
des, cultos, personales y aristocráti-
cos de nuestro Parnaso.

Su primer libro, "Le lirisme et la
preciosité cultistes en Espagne", se
distribuye en dos volúmenes. El prime-
ro estudiando "los orígenes y la evo-
lución", y el segundo, "la lengua y el
estilo".

Contiene, sabiamente concertado, to-
do el génesis culterano de nuestras le-
tras, desde el doctrinarismo enfático
con que anotó al "humano" Garcilaso
el "divino" Herrera, hasta las peregrinas
glosas que el abate Marchena pu-
so al Siglo de Oro de nuestra gloriosa
poesía.

Tras fijar tan exactamente los orí-
genes, M. Thomas publicó "Góngora et

tística, realmente estimables." Tales son sus palabras.

Como se ve, tras doctísimas averiguaciones, el doctísimo profesor viene a juntarse al inducto vulgo. Las mismas tachas que, azuzados por Lope, lanzaron sobre Góngora, desde Jauregui hasta Cascales; las mismas que, jaleados por el "vulgo necio", lanzan hoy, desde el pedante profesor de retórica al último periodiquero metido a crítico literario, subsisten y nos retan desde el interesante libro de Thomas.

¿Es que, efectivamente, el gongorismo no tiene más valor estético que el de una hinchada afectación? En la "Aprobación", que el doctor Bustamante de la Torre Blanca pone a una de las mejores ediciones de Góngora —la comentada tan elegante y profusamente por D. García Coronel—, se expresa el ideal gongorino en esta forma:

"Qué con haber dicho el asunto, se dice su grandeza; pues consiste la elegancia de los poetas en levantar tanto los conceptos "que parecen hablan otra lengua". Así lo dijo Cicerón (y cita). Pues para conseguir el nombre de grande necesita de hondos conceptos. Nadie consiguió esto como D. Luis de Góngora, honra de su patria y lustre de su nación, Colón de sendas no pisadas, etc."

No es cosa de reproducir aquí testimonios de gongoristas tan preclaros como Villamediana, el abad de Rute, Martín Velázquez, Francisco del Villar y tantos otros; ni de antigongoristas tan furiosos como el propio Lope, Juan de Jáuregui y Francisco Cascales, quienes acabaron por confesar "el ingenio divino" y "la erudición y galanura, de que todos hubimos de aprender algo". Mas si es cosa para admirar y suspender que en libro tan documentado se hable de "gongorismo", en su aspecto ideológico y poético, con opinión tan llana y simple.

Monsieur Thomas, que tiene la paciencia de anotar, uno a uno, hasta más de ciento, los neologismos con que Góngora atavió el idioma castellano —algunos tan curiosos y sorprendentes como "joven", "candor", "crepúsculo", "canero", "extraordinario", etc.—, no da a estos neologismos más importancia que la meramente gramatical de un filólogo distraído.

Tampoco solicitan su comentario las prodigalidades y munificencias mitológicas, históricas y bíblicas, que florecen, como las rosas en el rosal, en las canciones, odas, romances y sonetos del alto ingenio cordobés.

La Erudición y el Neologismo—esas dos alas de la águila Cultura—no tienen, para su temperamento de bibliógrafo, más valor que el organopéptico y formulista. ¿Es que en el gongorismo no late "el ideal de altura" a que alude el doctor Bustamante de Torre Blanca? ¿No habrá en esta supuesta petulancia del gongorismo un ideal contrario de divulgación, de emancipación cultural y espiritual?

¿Por qué ha de suponerse que Góngora escribía en erudito para que sólo le entendiesen unos cuantos, y no ha de suponerse que escribía en erudito precisamente para que acabase "la mano muerta" de la Erudición? ¿Por qué han de estar la Historia, la Mitología y la Ciencia en las manos avaras e infecundas del erudito, y no en las generosas y fértiles del poeta?

Tratándose de Góngora no cabe decir que escribió en erudito porque no supo hacerlo en popular. Más que los de Quevedo y Lope, corrían entre el pueblo sus romances, letrillas y epigramas. No hay letrilla tan popular

como "Ande yo caliente", ni romance tan resabido como "Hermana Marica". Ni ha habido en pueblo alguno, en esta clase de composiciones, poeta tan sencillo y claro como Góngora.

¿Con qué fines escribió "en culto"? Acaso la investigación ahonde algún día en tema tan interesante. Para nosotros, la conjunción de astros Lope-Góngora ocasionó el eclipse aquél. Tal vez Góngora populaché arrastrado por la populachera de Lope. Tal vez cuando el autor de "La Dorotea" llegó a prostituir la Poesía en los términos viles de su confesión:

"El vulgo es necio y, pues lo paga, es justo hablarle en necio para darle gusto",

el autor de las "Soledades" sintió en su noble frente fango del arroyo. Tal vez de esa prostitución del poeta dramático y de esa altivez noble del poeta lírico nacieron, en nuestro Siglo de Oro, las dos ramas de la Poesía que aun subsisten: la popular, que es quizá la entregada, la del teatro, la plebea; y la culta, que acaso es la independiente, la del libro, la odiada por el Populacho y la Erudición.

Cristóbal de CASTRO

IMPRESIONES DE UN LECTOR

"HOMBRES EN LA GUERRA"

ACABO de leer dos libros de idéntico sentido espiritual: *Hombres en la guerra*, del húngaro Andrés Latzko, traducción de Augusto Bunge, y *Dingley, el ilustre escritor*, de los hermanos Jerónimo y Juan Tharand, novela que alcanzó el premio Goncourt y que ha traducido mi excelente amigo Díez-Canedo para la colección de la Biblioteca Nueva.

Ante la guerra—la Guerra-Mito, la Guerra-Diosa, la Guerra-Muerte—, esos dos libros reflejan espiritualidades nacionales diversas, aunque mutuamente complementarias. El libro del húngaro es obra reciente; su autor es un ciudadano clarividente y generoso que ha estado a punto de ser víctima de la sangrienta reacción a que se ha entregado su país. A través del título aparentemente inexpresivo, *Hombres en la guerra*, esa pequeña serie de narraciones tiene un alto valor moral, o mejor, sentimental, el verdadero sentido de esta palabra, que merece rehabilitación. La intensidad de una valoración estética no puede ser indiferente a las mayores expresiones del dolor humano y de la culpa colectiva. Las ideas mismas de pasión, compasión, piedad, columnas de lo trágico, flotan en una línea media entre la sensibilidad y la voluntad, en que lo estético y lo ético se confunden. La palabra *patético* muestra, bien aquella comunidad indivisible de valores elementales entre el sentir y el querer.

Hombres en la guerra es la obra de una individualidad que supo mantenerse ajena a la culpa común de su patria; pero ahora vemos reflejarse también en sus palabras el momento en que retornan a la lucidez muchas almas enturbiadas por la borrachera lúgubre y contagiosa de la guerra.

El tono de esa obra es muy parecido al de Leonhard Frank en *El Hombre es bueno*, que tradujo el propio Augusto Bunge y de que tuve ya ocasión de hablar en estas páginas. Como reacción de una subjetividad equilibrada y serena contra el atavismo bestial de la guerra, Latzko y Frank nos ofrecen una modalidad germánica del pacifismo, diversa y complementaria de la forma rusa y de la francesa. Entre la fulminación profética de Tolstoi y la ironía pintoresca de Barbusse, los pueblos vencidos nos han dado, en Frank y Latzko, una amarga visión de *humour* lejanamente goyesca.

¿Qué fuerza tiene en Latzko el materialismo fecundo del detalle, el viejo elemento realista como provocación de visiones dolorosas, preñadas de elocuencia fustigadora! Ved, por ejemplo, esa página:

"No dijo nada más el pobre Dill, con la espuela encajada en el cráneo; una espuela en toda regla, del tamaño de una moneda de cinco coronas. Sólo re-

torció los ojos, miró triste el retrato de su mujer, que pudo consentir en semejante cosa... Entre cuatro hemos tenido que tironear la bota, ¡entre cuatro! La hemos tenido que hacer girar de aquí para allá, ¡fíjate! Hasta que salió también un pedazo de su cerebro, como raíces arrancadas, como un pólipio gris, reventado, colgando de la espuela..."

Así la guerra, esa abstracción dorada por la historia, supervivencia de una divinidad cavernaria y cruel; la guerra, que trascurre allá lejos, en vagos campamentos iluminados por la gloria, «sol de los muertos», se nos acerca en toda su lívida realidad de Górgona. Y hay una singular y paradójica belleza en el hecho de mostrarnos aquella fealdad. Pero yo no sabría decir si ese arte es bello porque es bueno o si es bueno porque es bello; en la pulsación con que hace vibrar nuestra lira interior las dos notas se confunden.

Vamos a leer ahora otro pasaje significativo. ¿No os habéis preguntado muchas veces por qué la sensibilidad femenina, en las ocasiones de prueba, es la más propensa a contagiarse de crueldad, como en brazos de una moda siniestra? Pero transcribamos a Latzko:

"Que las mujeres fueran crueles, ¡esa fué la sorpresa! Que pudieran sonreír y arrojar rosas; que entregaran sus maridos, sus hijos... ¡esa fué la sorpresa! Porque cada una de ellas se habría avergonzado de andar sin un héroe; ¡ese fué el gran engaño! ¡Las mujeres nos han enviado! Ningún general habría podido hacerlo si las mujeres no nos hubieran dejado estibar en los trenes, si hubieran gritado que no nos mirarían más si nos hacíamos asesinos... ¿No has oído nunca nada de sufragistas que han cacheteado a ministros, incendiado museos, se han hecho encadenar a postes para conseguir el voto? Por el voto, ¿oyes? ¡Y no por sus hombres! ¡Ni una sílaba, ni un grito!"

Este pasaje, que parece una reversión en trágico de la *Listrada* de Aristófanes, se reproduce varias veces en las narraciones de Latzko. ¿No habrá en la guerra una exacerbada feminidad colectiva? ¿No estaría la verdadera virilidad en el dominio sobre sí mismos, en la austera superioridad de los conscientes, *videntes entre ciegos*, como les llama el mismo Latzko, que resisten a la oleada de la sangre ancestral?

Quiero copiar todavía otros dos fragmentos, de brutal plasticidad, como las pinturas truculentas y eremiticas de la Muerte en los primitivos italianos o flamencos, un Oreagita, un Bosco:

"Durante toda la noche, después de un asalto rechazado a las trincheras enemigas, había quedado tendido, sin conocimiento, con su pierna destrozada, delante de la brecha, en el propio alambrado

de púas. Luego, hacia la madrugada, le echaron el anzuelo. El anzuelo, consistente en garfios de hierro y una cuerda, para atraer a la trinchera los cadáveres amigos y enemigos y poder enterrarlos antes de que el sol de Górgona empezara su obra. Con ese garfio, antes hundido en cien cadáveres, un bruto—¡Dios le condene!—le había arrancado la mejilla, antes de que la pesca le saliera bien a una mano más hábil..."

«Habían andado a tropezones sobre cadáveres, al punto de que al pequeño y gordo teniente de la reserva se le revolvió el estómago, para gran diversión de toda la compañía, porque un ruso a medio podrir, al que en un descuido le puso el pie en el pecho, se rompió debajo de él, de modo que a duras penas pudo sacar el pie del apuesto agujero..."

¿Qué narraciones prefiero entre las de esa colección? La titulada *Muerte de Héroe* es la más rica en valor imaginativo. Difícilmente se olvida esa torturada plasmación de un delirio agónico. Pero la titulada *De vuelta*, a la cual me referí en otra ocasión por hallarse incluida en la serie de cuentos húngaros que publicó la Biblioteca Nueva, es, sin duda, la que tiene más valor dramático. Aunque no es precisamente el valor dramático lo que interesa en el libro de Latzko, sino un valor trágico, fundamental: la angustia del hombre ante la voracidad del antiguo y secular monstruo que le tiraniza: la guerra.



La deliciosa novela de los hermanos Tharand, *Dingley, el ilustre escritor*, es producto de una sentimentalidad nacional bien distinta. Libro refinado, estilización delicada, exquisita. En él se ha unido ya al valor estético y al moral un valor intelectual; el impulso se ha agudizado en pensamiento; ha tomado filo, punta, sutileza. De él voy a hablar (junto con otras lecturas similares) en mi próximo comentario.

Gabriel ALOMAR

N. DE LA R.—Por absoluta carencia de espacio, nos vimos obligados a desglosar de la anterior crítica bibliográfica del ilustre Alomar la siguiente impresión con que terminaba su artículo "Novelas y viajes".

Don Rogelio Buendía ha reunido en un opúsculo, titulado *Lusitania*, sus impresiones de un viaje a Portugal. Notas sueltas, fugaces, sobrias. A veces una impresión personal ajena a los intentos descriptivos de un paisaje, es más eficaz que toda descripción para que el lector sienta el paisaje mismo.—Así la nota del agua bebida en la fuente de Cimra, a la sombra de un jardín histórico.—Todo el librito está inspirado en un sentimiento de comprensión y amor hacia la tierra lusitana, sentimiento demasiado raro entre nosotros. Yo comparto, desde hace mucho tiempo, esa simpatía; he odiado siempre ciertas estultas ridiculeces y he seguido con ansiedad los esfuerzos de dignificación y las nobles inquietudes de ese pueblo venerable y fraterno. El Sr. Buendía califica su folleto de *Viaje por un país romántico*, e insiste repetidamente en esta nota de romanticismo y avidez de idealidad. Me parece exacta la observación. Lusitania, trozo de Atlántida, es una eterna palpación pasional: el corazón de las heroínas bretonas—el corazón de Isolda—transmigrado a Inés de Castro, a los navegantes vencedores de Adamastor, al doloroso y simbólico Quental, que luchó también con la bruma de las tormentas; a los revolucionarios eternamente insatisfechos... Portugal es la compensación idealista de otra Iberia en que se agotaron las santas inquietudes y avideces del ánimo...—G. A.

CÁTEDRAS DE ENSUEÑO Y VIDA

Es una lástima que estén tan desperdigados los documentos que sirven para la historia de nuestros cafés, porque un libro como el de Augusto Lepages, *Les cafés politiques et littéraires de Paris* (París, 1874; un vol. en 16), no podrá escribirse entre nosotros durante mucho tiempo y tras muchísima paciencia.

Y es una lástima, porque los cafés han contribuido por manera singular en Europa al desarrollo de la civilización y de la democracia, en segundo renglón después del Cristianismo.

¿Cómo estudiar y conocer la aparición de las opiniones sin acudir a esos heróicos humanos? El Pórtico, el Cerámico, el Cinosargo, las proximidades del Foro romano, en Grecia y en Roma, tuvieron la vecindad de algunos establecimientos de recreo, donde se dio cima a las más altas especulaciones de la filosofía y del derecho.

La inteligencia, que tiene sed de lo infinito, siente también una sed material, que, una vez satisfecha, produce la soledad y facilita la locución.

Cerca de los mentideros madrileños adquirieron su obesidad proverbial muchos hosteleros y taberneros, por la sed inagotable de tantos charlatanes asiduos. Y en aquellos focos se engendraron los dramas de los corrales, las epopeyas de nuestras guerras, las sátiras permanentes contra el Gobierno y los epigramas que acababan con la muerte.

Fuera, fué igual. La Reforma salió armada de todas las armas de aquella hostería de «El Aguila Negra», de Wittenberg, hostería y cervecería precursora de todos los cafés alemanes, frecuentada por Martín Lutero. La célebre «Internacional» obrera, forjada en Saint Martin Hall, de Londres, que era también un sitio de consumo, se organizó luego en un medio taberna y medio café de Ginebra; y cuando vino a España tuvo entre nosotros su templo en el ya desaparecido «Café de la Luna», en la esquina de la calle de Tudescos, que fué por cierto algo así como una Bolsa de los comadrones, donde podía encontrarse uno a cualquier hora de la noche.

Los centros de cirugía de urgencia tienen ese precedente, inventado por la previsión de nuestros padres. ¿Qué escándalo cuando tuvimos nuestros primeros cafés, remotos de aquellos soliscentos y pico que en París, realizando la transfusión de las clases, destruyendo los tres órdenes, hicieron los Estados generales y después la Revolución!

Moratin vió justamente en esos establecimientos el ambiente más adecuado para su inmortal sátira «La comedia nueva o el café», consignando con esa obra la fecha exacta de nuestra revolución en las costumbres. Como el café de Moratin fueron todos los cafés de entonces y de mucho tiempo

después. La intransigencia, fingiendo púdicos, puso el veto a los nuevos establecimientos, y en 1833 la ingeniosa «Española», que ponía reparos al flamante «Manual de Madrid», de Mesonero Romanos, no diputaba por bueno más café que el de «Levante», donde el concurrente estaba «libre de coquetuerías y enganchamientos.» Los

hogares se trasladaron, efectivamente, al café; pero antes se convirtió en la Universidad de la política y en el cuarto de trabajo de los artistas.

Toda la literatura moderna francesa, desde Jorge Sand ha sido engendrada en los cafés de Montmartre. Verlaine, lo que no escribió en el hospital o en la cárcel, lo escribió en el «Café Procope», y hasta meditó en él lo que escribiera luego en aquellos sitios. Antes, Ben Johnson, el bohemio amigo de Shakespeare, no tuvo otro despacho que un cafetuchito de Londres. Y muchísimo después, entre nosotros, Zorrilla sentó sus reales en otro para escribir «El puñal del godo». Fernández y González trazó muchas novelas en el «Café de Zaragoza», y después en el «Café de Lisboa», que no podía cerrarse hasta que tomaba el último tranvía de Carabanchel, que tampoco se ponía en marcha hasta que se le antojaba al autor de «El cocinero de S. M.»

Nuestras letras deben mucho al «Suizo» debido a D. Amós Salvador. El «Suizo» fué sitio de descanso y de elaboración de Eugenio Sellés. Allí, frente a la mesa de mármol, en algunos instantes de soledad, mientras esperaba a sus contertulios, Sellés imaginó y planeó *Las vengadoras* y *Las esculturas de carne*. Allí también ideó aquellos artículos vibrantes, que coleccionó luego en el tomo titulado *Política de capa y espada*.

En el «Suizo» hicieron sus estancias Perico Marquina, Gullón, Pelayo del Castillo y tantos otros bohemios. Uno de los más célebres, Florencio Moreno Godino, se quedó encerrado una vez, y allí durmió toda la noche.

La tertulia de los médicos fué más célebre y curiosa que la de los políticos y la de los artistas.

La asiduidad de Santiago Ramón y Cajal me hizo admirar mucho menos a Tolstoi, difamador del «drebaje de las Indias», porque había que ver con qué placer tomaba su café-D. Santiago.

«Fornos» significa toda la vida de España durante la Restauración, y ha sido el Madrid que ha salido para muchas provincias. Burell, en un sueño luminoso e irreverente, cuya irreverencia le ha sido perdonada por el mismo Dios, hizo que «Jesucristo en Fornos» convirtiera a una nueva Magdalena...

ción del conde de Saint Germain, en un bonísimo y santo magistrado, empleado en Gracia y Justicia.

Cirilo, Pepe, Hilario, Juan, el camarero que nos servía añadiendo una cita de «Los hechos de los apóstoles», deben tener un capítulo en esa historia de los cafés que está por escribir, y a la que han contribuido Navarro Rodrigo, historiando la primera época del «Café de la Iberia»; Salvador Rueda, con su diatriba contra «Fornos»; Galdós, encunadrando una creación suya en «La Fontana de Oro»; Gómez de la Serna, haciendo de «Pombo» una cripta sagrada, y algún ingenio menor, cantando a la media tostada.

Las tertulias literarias no han tenido otros asientos que los cafés. De aquel antiguo «Café de Madrid», situado donde está hoy el Credit Lyonnais, del que un día salió todo el público para saludar a Prim y se olvidó de pagar el consumo, y del «Lyon d'Or», ha salido toda la literatura actual. Por esta sede, propiedad de un descendiente del bibliófilo Gallardo, pasaron aquellas figuras de Sawa, Cornuty y Falcón, el afónico tarjato, que decía reclamando un miserable auxilio:

Anda, anda y no cenes;
verás la inspiración que luego tienes,

Los cafés de «Lucini», «La Cruz de Malta», del «Solito», del «Carmen», reposo de los guardias de Corps, allá en la calle de la Abada, y que luego se convirtió en «Fonda de Barcelona», preferencia del modesto Pi y Margall y del tubulento Paul y Angulo, no los ha conocido esta generación, como tampoco «La Fontana de Oro», el «Santa Catalina» y otros.

El último eco del café, como centro político, nos ha llegado con música de Offenbach, en aquel cantable de «La Diva» que recuerda el antiguo «Café de la Infantil».

Los cafés como cenáculos literarios subsisten aún; pero sin el esplendor pasado.

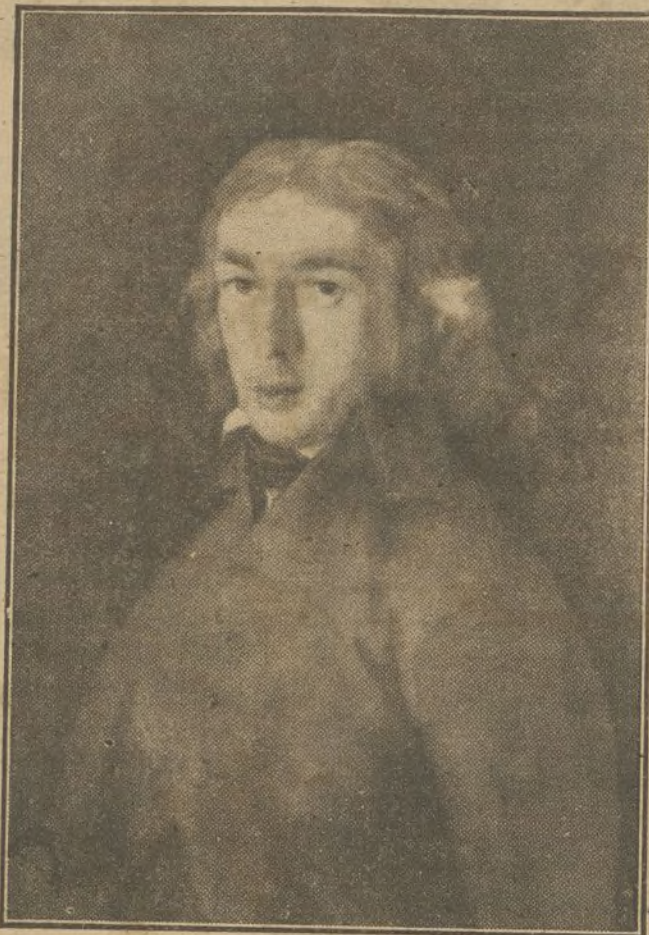
Los círculos sociales y centros políticos donde se contribuye sin saberlo, y sin quererlo también muchas veces, al remedio de las grandes miserias, han contribuido a la desaparición de no pocos cafés.

En cuanto a los sustitutos y sucedáneos, que quisieron colocar en el mercado algunos higienistas, no hay que decir nada. Hoy se consumen más millones de kilos de café que hace cincuenta años.

Los «tupis» les han herido gravemente; pero suministran el mismo sustento. En la miseria económica de nuestros días

sustituyen a la madre de ayer; y ese líquido negruzco, un poco claro, que tantos toman en pie, bien puede considerarse como «el biberón de los hombres libres».

El hombre del Extrarradio.



D. LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN
retratado por Goya



MUESTRA HECHA POR LEONARDO ALENZA PARA EL VIEJO CAFÉ DE LEVANTE

Dibujo inédito existente en la Biblioteca Nacional

», cuya propiedad adjudicó la leyenda a los resignados hijos de San Ignacio. En el «Suizo» se han engendrado dramas, complotes políticos, académicos, Sociedades de seguros, estudios de Medicina y hasta un precioso Tratado de táctica

¿Y el «Café de la Iberia»? En él se organizaron las conjuras políticas, se crearon gobernadores y las divinas enseñanzas del Budha, deformadas por la señora Blavatsky, las fué desgranando sobre la mesa la penúltima reencarna-

TORMENTO

¿Qué es mi ser, mi ser que me atormenta
y que quiero vencerme...
¿Qué puede ser, Señor? ¿Le duels, hambriento
de roerme?...
¿Quiera, Señor, que pueda conocerme,
y dame que no sienta
en mi ser este ser que me atormenta...

Bajo este sayo negro el alma mía
se entra en su monasterio...
¿Qué puede ser, Señor? ¿Melancolía
o misterio?...
¿Señor! Emperador del gran imperio,
¿quitáras algún día
este sayo de luto al alma mía?

Un caracol se arrastra por mi mismo
eternamente...
¿Qué puede ser, Señor? ¿Un misfétismo
impenitente?...
¿Castígame, Señor y hazme inconsciente:
Porque igual que un reptil por un abismo
un caracol se arrastra por mi mismo...

Esta fontana de mi amargo llanto
viene de no sé dónde...
¿Qué puede ser, Señor? ¿Será el espanto
de ver que la verdad huye y se esconde?...
¿Vano será que el pensamiento ahonde
buscando el emanantial?... ¿Se entierra tanto
esta fontana de mi amargo llanto?

Sangrante a mi dolor tengo una herida...
¿Qué puede ser, Señor? ¿Será la vida
de una vida que vive estando muerta?...
¿Con sangre y con amor riego la huerta
del alma dolorida
donde abierta al dolor tengo una herida?

Dicen que tengo el corazón humano
pero yo siento en él algo divino...
¿Qué puede ser, Señor? ¿Será la mano
que indica a todos: «Este es tu camino»?
¿Dónde que hoy eres llanto y fuego trino?
¿Sólo por ser tu hermano
dicen que tengo el corazón humano?

Silencio, paz, quietud, meditación
no dan reposo...
¿Qué puede ser, Señor? ¿Será la evaluación
del Todo misterioso?
¿Tú me has hecho sufrido y silencioso,
pero no dan reposo al corazón...
silencio, paz, quietud, meditación.

Y este ser de mi ser, que está maldito
y que quiero vencerme...
no sé si es Dios, o es hombre, o infinita...
¿Sólo sé que no puedo conocerme,
y cuanto más se ausenta
más cerca está este ser que me atormenta?

QUE FERNANDEZ ARDAYIN

Dibujado de A. Gual

LOS TRES MARAVILLOSOS

ÉBASE una reina que tenía tres hijos: Hermoso, Valeroso y Fortunato. La reina hubiera sido la más dichosa de las mujeres, de las madres y de las soberanas a no ser por la preocupación de verse envejecer y de ver acercarse así la hora de morir y separarse de sus hijos.

Un día llegó a la corte la noticia de que existía un pájaro maravilloso que rejuvenecía a cuantos le tenían en la mano mientras cantaba. Un emperador octogenario le había escuchado durante un cuarto de hora y habían tenido que llevarse en brazos de un ama de cría.

Pero el dueño del pájaro era un brujo, llamado Barbarote, y el que entraba en su palacio no volvía a salir.

—Señora y madre mía—dijo el príncipe Hermoso—, voy a partir en busca del pájaro encantado para que os rejuvenezca y os dé veinte o treinta años más de vida.

—¡Ay, hijo mío— exclamó la reina—; prefiero ser vieja y morir en seguida a correr el riesgo de perderte!

Pero Hermoso era un hijo abnegado, y partió.

Pasaron un mes, dos meses, un año, y Hermoso no volvía, y la reina lloraba día y noche.

—Señora y madre mía—dijo Valeroso—, voy a partir a mi vez.

—¡Ay de mí!—sollozó la reina—. ¿Es que no me basta con haber perdido a un hijo, para que también me quieras tú abandonar?

Pero Valeroso era tan abnegado como su hermano, y partió.

Pasaron un mes, dos meses, un año, y Valeroso no volvía, y la pobre reina estaba enferma de pena.

—Señora y madre mía—dijo Fortunato—, es menester que yo parta en busca de mis dos hermanos y del pájaro maravilloso.

Y sin escuchar los lamentos y las suplicas de su madre, partió.

Y llegó al palacio de mármol del brujo Barbarote. Las enormes puertas de ébano estaban abiertas de par en par; Fortunato entró, recorrió salones y galerías; el palacio estaba silencioso y parecía deshabitado. De pronto, el príncipe se halló en una sala inmensa de mármol negro; a los lados había una hilera de estatuas de guerreros, lanza en ristre; en un extremo había una jaula de oro con un pájaro verde: era el

pájaro maravilloso que rejuvenecía a cuantos le oían cantar. Pero en el momento en que Fortunato ponía su mano en la jaula, una de las estatuas se adelantó hacia él; el príncipe previno el ataque, y blandiendo su espada hizo añicos la lanza del hombre de piedra.

Otra estatua se adelantó, y Fortunato la venció también; y al vencer a la tercera se oyó un ruido de clarines y trompetas; el horrible brujo Barbarote apareció en la puerta de la sala rodeado por toda su corte de gnomos. Al ver a Fortunato se echó a reír ferozmente.

—¿Venías a robarme el pájaro?—dijo.

—Venía a buscarle; mas no a traición—respondió Fortunato, indignado por el insulto—. Intenté llevármelo porque creí que el palacio estaba deshabitado. Pero estoy dispuesto a dar por él lo que me pidas, aunque sea mi vida.

—Yo no vendo pájaros, y tu vida no me serviría para nada. Pero te propongo un cambio; el rey de las Islas Verdes tiene una hija, llamada Blanca Luna, que es la princesa más bella del mundo. Quiero casarme con ella. Ve, tráemela y te entregaré el pájaro.

Fortunato partió como una flecha y llegó a las Islas Verdes. En medio del rei-

no se elevaba una torre de cristal, sin puertas ni ventanas. En lo alto de la torre, entre las almenas, se veía pasearse, vestida de blanco, a la divina Princesa Blanca Luna, encerrada allí por su padre para sustraerla a los intentos de raptó de sus innumerables adoradores.

Fortunato quedó asombrado y perplejo. ¿Cómo llegar a lo alto de la torre de cristal? Aquello era imposible.

Triste y pensativo, entró en una posada para refrescarse y para meditar un plan.

Junto al hogar de la posada había un montón de harapos, y al fijarse el príncipe, vió que aquellos harapos envolvían a una vieja, acurrucada y tiritando.

—Tengo hambre—murmuraba la vieja—. Dadme una limosna, lindo señor.

Fortunato era tan bueno como valiente. Arrojó a la vieja una bolsa llena de oro.

—Tengo sed—murmuró la vieja.

Fortunato llenó un vaso de vino y se lo ofreció.

—Estoy sola y nadie me quiere—dijo la vieja—. Dadme un beso como si fuérais mi hijo.

Fortunato pensó en su madre y abrazó

a la vieja; en el acto la vió transformarse en una dama bellísima.

—Soy tu madrina—le dijo ella, sonriendo—. No necesitas decirme lo que buscas, porque ya lo sé. Eres un buen hijo y quiero que tu deseo sea cumplido. Pasea por las calles de la ciudad; verás llegar un caballo desbocado; salta sobre él y ponle esta rienda. Le dominarás, y él te llevará adonde quieras ir.

Le dió una rienda formada por un hilo de seda, y añadió:

—Además, hago que tu espada sea invencible.

Antes de que Fortunato tuviera tiempo de darle las gracias, el hada había desaparecido.

El príncipe se fué a pasear; a los pocos momentos oyó gritos, y vió que la gente corría; un caballo desbocado atravesaba la ciudad, sembrando el pánico. Fortunato saltó ágilmente sobre el fogoso animal y le puso la rienda de seda; en el acto, el caballo se aquietó y empezó a elevarse suavemente por el aire.

La princesa se hallaba pensativa en lo alto de su torre de cristal, cuando de pronto vió que un caballo volaba, sin alas, hacia ella, llevando a un jinete. Su sorpresa fué tal, que se desmayó; y así, sin sentido, Fortunato se la llevó a la grupa de su caballo encantado.

Al poner pie en tierra ante el palacio de Barbarote, la divina Blanca Luna volvió en sí; un poco tranquilizada por el aspecto de Fortunato, le preguntó con voz desfallecida adónde la llevaba, y éste le contó toda la historia.

—¡Cómo!—exclamó la princesa, ofendida—. ¿Me habéis raptado para cambiarme por un pájaro?

El príncipe se sintió hondamente dolido por aquel reproche tan justo; pero ya era demasiado tarde para volverse atrás. Barbarote avanzaba a su encuentro.

—Aquí tienes la princesa de las Islas Verdes—le dijo Fortunato en voz baja—. Venga el pájaro prometido.

Pero Barbarote había echado el ojo al caballo encantado, y dijo:

—Necesito también este caballo; si no, de lo dicho no hay nada.

—¿Te atreverás a faltar a tu palabra?

—Y si me fastidias—añadió el brujo—, me quedo con el pájaro, la princesa y el caballo, y a ti te cambio la estatua, como a todos los que te han precedido.

—¡En guardia!—gritó el príncipe— ¡Defiéndete!



Y desenvainó su espada. Barbarote sacó la suya; pero la de Fortunato era invencible, y el horrible brujo cayó atravesado de parte a parte.

En el mismo momento, todos los hombres de piedra recobraron la vida, y fueron a saludar al que los había desencantado; entre ellos estaban Hermoso y Valeroso.

El príncipe abrazó a sus dos hermanos; luego pidió perdón a la princesa por haberla raptado, y la ofreció llevarla al palacio de su madre; sin duda, Blanca Luna no estaba ya muy enojada, pues aceptó sin hacerse rogar, y la cabalgata se puso en marcha.

Dellante iba Fortunato, montando el caballo maravilloso y llevando el pájaro encantado; junto a él, la princesa, montaba una jaquita blanca.

Detrás iban los dos hermanos de Fortunato, en compañía de todos los príncipes desencantados, que habían jurado

ser el séquito fiel de su valiente libertador.

Cuando la reina hubo contemplado y abrazado a sus hijos y derramado abundantes lágrimas de alegría, el pájaro se colocó espontáneamente sobre su mano y cantó, parándose tan sólo cuando la vieja reina quedó en treinta y cinco años.

Luego Fortunato regaló a su hermano mayor el soberbio palacio de mármol que fué del brujo Barbarote, y al segundo, el caballo encantado, para que se distrajera haciendo de vez en cuando alguna excursión aérea.

Al poco tiempo se celebraron las nupcias espléndidas, deslumbrantes, del príncipe Fortunato y de la princesa de las Islas Verdes.

Y aunque de esto haga mucho tiempo, estoy seguro de que aún hoy se quieren todos y siguen siendo muy felices.

EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.

FLOR DE ILUSIÓN

ARTURO Cardona acababa de terminar el último capítulo de su nueva novela, «La Incomprendida». Con un suspiro de satisfacción, el literato soltó la pluma, desperezándose y acariciándose lentamente su barba gris.

Cardona, que había cumplido los cincuenta años, se hallaba en la plena madurez de su talento y en pleno triunfo como artista. Sus novelas eran los libros más buscados por las mujeres, ¡quizá porque Cardona sabía mucho de sus corazones, de sus virtudes y de sus flaquezas!... Esta última obra suya iba a tener, seguramente, un éxito «femenino» mayor, si cabe, por la novedad del asunto, por la justeza del ambiente, por la plasticidad asombrosa de las descripciones, por la hondura psicológica en el estudio de la protagonista y por la magia del estilo, ese estilo ultramoderno, cortado, palpitante, lleno de realidad y de vida, que da a toda hora, junto con la expresión del arte, la sensación más acabada de la vida misma.

Arturo Cardona, recogiendo el sinnúmero de hojas de papel, escritas por un solo lado, con una letra nerviosa, menuda y casi ininteligible, las ordenó y hojeó maquinalmente. La doncella hubo de entregarle una carta en aquel momento. Cardona, con una sonrisa indulgente, rasgó el sobre... Se trataba, sin duda, de una carta femenina, de las muchas que casi diariamente acostumbra recibir, con el inevitable encabezamiento: «Mi admirado y leído señor» y la consabida firma: «Una enamorada de su pluma» o «Una admiradora que sueña con usted»...

Galante y displicente al mismo tiempo, el literato pasó la vista, por encima de aquellos renglones... De repente, dejó de sonreír, arrugó el entrecejo y... comenzó a leer con interés.

Aquella carta no se parecía a las otras. Era otra cosa, otro estilo diferente, otra... carta. Decía así:

«Señor Cardona:

¿Leerá usted siquiera estas líneas? ¡Debe usted de recibir tantas cartas sin objeto, sin otro objeto que el de embargar inútilmente su atención!... ¡Y, sin embar-

go, señor Cardona, usted podría prestarme un servicio muy grande si me leyera, si me sacrificara usted unos minutos! Yo guardo como un estimadísimo tesoro todas sus novelas, que he leído y releído un sinnúmero de veces. ¡Oh, sí, señor Cardona; usted conoce como nadie los secretos de nuestras almas, y se pasea usted con un absoluto señorío por los rincones más ocultos del corazón de la mujer! Hidalgo, sentimental y misericordioso, usted nos defiende contra el egoísmo masculino; usted hace justicia a nuestras buenas cualidades, y usted... nos consuela en nuestros desfallecimientos y en nuestros males de amor. ¡He aquí por lo que tengo la esperanza de que si usted lee estos renglones (algo temblorosos, como la mano que los escribe) me concederá usted el favor, el gran favor que yo solicito.»

El novelista, ya intrigado, se puso en pie y acercóse al balcón para reanudar la lectura:

«Tengo veinticinco años, señor Cardona; soy una «vieja» ya para casarme. Envejecí soñando... soñando un ideal cuanto más veloz, más perseguido; cuanto más perseguido, más remoto, y cuanto más remoto... más querido. Hubo un instante en que «vi» la dicha, ofreciéndoseme radiosa y espléndida como un lucero, en la noche triste de mi desilusión. ¡Por desgracia, fué aquello solamente una apariencia, una burla impía de la realidad!...

Aquel hombre que yo creí «mi ideal» y a quien amé tanto por eso mismo, no era mi ideal, fui yo la que quise persuadirme a sí misma de que lo era... ¡No, Sr. Cardona; no me casé con él, no podía casarme con él! Su vulgaridad, su egoísmo, su falta de espiritualidad («como todos ellos»), me era odiosa; dejaba en mi alma una tremenda oscuridad y amontonaba en mi corazón las nieves perpetuas del desencanto y del hastío...

Enyugados para siempre, hubiéramos sido como dos viajeros en una misma e interminable senda, que nada tienen que decirse en tan largo viaje y que, por añadidura, han de marchar al mismo paso y juntos...

¡Así se desvaneció aquel último sueño de amor y así... he llegado a «vieja» para soñar de nuevo! ¡En usted, en el artista de las almas que sufren, en el «único» en quien creo y a quien espiritualmente me pertenezco, voy a refugiarme, voy a depositar mi última ilusión!...

¡Usted será el romántico caballero de mi albedrío, el príncipe encantado que vivirá en mi memoria y en mi corazón!...

¿Coqueta? ¿Locuras de solterona con ribetes de histerismo, de cursilería sentimental? No, Sr. Cardona; no lo piense usted, no lo crea usted así; se lo ruego. Soy una mujer honesta, sin aturdimientos, con decoro y pleno dominio sobre sí. No tengo padres; no tengo más familia que un hermano a quien adoro. Con ese hermano mío saldré esta noche de Madrid y de... España... Voy muy lejos, a América, a la República Argentina, de donde no sé si volveré!...

Voy a «otro mundo», y este viaje es para mí un anticipo de la muerte... Antes de abandonar el patrio suelo, ¿quiere usted dejarme la última y la sola ilusión de mi vida! ¡Déjeme usted que grave su imagen en mi recuerdo; déjeme usted que me la lleve en el relicario de mi corazón!...

En el expreso de esta noche, por el Mediodía. Una rosa en la solapa me dirá que es usted el que la lleva. Unas violetas le dirán a usted lo mismo de mí. ¿Verdad que no me negará usted esa «limosna» espiritual, accediendo a esta candorosa y ferviente súplica?...

¡Gracias, muchas gracias, mil gracias, señor.—Luisa.»

El literato, conmovido, bajó la cabeza, meditabundo y triste...

Después echó una mirada a un espejo frontero y contemplóse allí largo rato...

El cristal de Venecia, terso y límpido, reproducía exactamente, diáfano, aquella barba cana, aquellos ojos fatigados, aquella frente hermosa de intelectual y de poeta, profanada por unos triplés surcos que en ella abrieron, más que los años, la meditación, el insomnio y la vida...

Guardó la carta en uno de los cajones de su mesa y... abandonó el despacho, después de haber visto la hora.

A las ocho y cuarto de la noche, Cardona se dirigió, lentamente, calle de Alcalá abajo, a la estación del Mediodía...

Junto a las Calatravas, un cariñoso y juvenil saludo le detuvo.

—¡Eh, querido maestro!

Paco Ródenas, uno de sus admiradores más entusiastas, le tendió, efusivo, las dos manos.

—¿Deseaba usted verme para algún asunto?—interrogó el novelista afectuosísimo.

—¡Sí, maestro! ¡Tenía que pedirle a usted un favor!... ¡Cosas de «ellas»! ¡Una amiga que está empeñada en tener un autógrafo de usted!... ¡Es una de sus «adoradoras»!

—¿Quiere usted acompañarme a la estación del Mediodía, amigo Ródenas?... Tomaremos un coche... y hablaremos más despacio. ¿Le parece?...

—¡Oh, ya lo creo; con mucho gusto, maestro, ¡no faltaría más!...

El literato examinó detenidamente a Paco Ródenas, elegantísimo, como de costumbre, con su clásica belleza varonil, realizada por lo atildado de su porte. Buen mozo, esbelto, con una soberbia cabellera negra, peinada a «lo foca», un bigote a lo káiser y una arrogancia de «Don Juan», Ródenas podía perfectamen-

te hacer el «papel» deseado... El poeta sonrió satisfecho, tras de aquel examen, y exclamó de pronto:

—¡Hombre, me ha dejado mi «mascota» en casa. Aguarde usted un instante, Ródenas, y vamos a entrar en esta tienda de flores...

—¿Flores, maestro?...

—¡Sí, una rosa granate! La rosa de la ilusión. Verá usted!...

—Pero... ¿Da la felicidad esa rosa?...

—¿De veras?...

—¡No le quepa a usted duda! ¡Y para probarse a usted le voy a regalar una de esas «flores de ilusión»!...

—¡Oh, maestro; es usted muy amable!...

—¡Magnífico regalo!...

Al salir de la tienda, cada uno de ellos lucía en la solapa su correspondiente rosa granate, perfumada y bella.

Cerca de la Cibeles subieron a un coche y dijeron al cochero:

—¡A la estación del Mediodía!...

El literato recorrió con su amigo el andén, sin apartar los ojos de las ventanillas de los coches... Con cierto disimulo se había quitado la rosa del ojal. Haciendo que escuchaba a su acompañante, el poeta descubrió, al fin, en el pasillo de un departamento de primera, a la incógnita de las violetas...

Era una rubia, de ojos negriscos, frente de azucenas y busto estatuario.

Luisa, asomada a una de las ventanillas, miraba anhelante en todas direcciones...

El escritor, deteniéndose con Paco Ródenas a unos cuantos pasos de la muchacha, observó el efecto que producía la rosa de su amigo...

Pálida, casi trémula de alegría, Luisa miró a Ródenas con una mirada de infinita gratitud y de pasión...

—¡Caramba, maestro! ¿Se ha fijado usted en cómo mira esa viajera?... ¡Y es preciosa; es una rubia encantadora!... ¡Como que si yo no tuviese que hacer esta noche... me iba, no sé adónde, adonde vaya esa preciosidad!...

—¿Tan enamorado se siente usted?—exclamó Cardona, viendo aquel pronto juvenil.

—¡Maestro, por Dios; repare usted en que, además de que es estupenda..., está mirando de una manera que...!

Un toque de campana y un silbido agudo de la locomotora interrumpieron estos comentarios. El expreso se puso en marcha lentamente... El vagón donde iba Luisa pasó por delante de los dos amigos. La hermosa puso una postrera y cálida mirada en el que ella creía el artista excelso...

—¿La ve usted?...—interrumpió asombrado Ródenas.

—¡Salúdela usted!...—replicó misericordioso el escritor.

Y respondiendo al saludo del muchacho, vióse una mano breve y enguantada agitarse en el vacío, convulsa y expresiva...

Cuando el tren se alejó, hundiéndose en las tinieblas, salpicadas de lucecitas verdes y rojas, el poeta, poniendo sus manos sobre los hombros del muchacho, exclamó:

—¡Querido Ródenas: acaba usted de realizar, sin saberlo, la mejor acción de toda su vida!...

—¿Qué dice usted, maestro?...

—¡Sí; porque acaba usted de dejar en el corazón de una mujer la última ilusión!...

CURRO VARGAS

ESPECIALIDAD EN AMPLIACIONES Y BODAS

J. SEGURA

Teléfono M. 4.152. FOTOGRAFO 4, Puerta del Sol, 4.

GRÁFICO HISPANO
FOTOGRAFADO
ARTE GALILEO 34 TELÉFONO: 0.858

:: De la Revista ::
«España y América»

“LOLA”

Por el P. Atilano

:: :: Sanz :: ::

Don Luis de Ocharan Mazas ya es conocido de los lectores de España y América por el artículo que acerca de su preciosa novela *Marichu* publicamos hace año y medio en esta misma revista; ahora nos ofrece otra, digna en verdad de ser leída por los amantes de las lecturas amenas, y con placer volvemos a hablar de tan culto y estimable novelador.

Hemos de confesar que pocas veces nos hemos visto tan perplejos al juzgar un libro como lo hemos estado ante *Lola*, segundo fruto novelesco del Sr. Ocharan; y no es porque la idea fundamental de la obra sea intrincada y laberíntica, pues se reduce a una joven filipina, hermosa y poética, que entrega su apasionado corazón a un hombre que la traiciona y se casa con otra. Ella, impulsada por el despecho, se casa también con otro hombre, Jesús María, perfecto caballero. Al poco tiempo de casados, el antiguo amante de Lola aprovecha una salida de Jesús María para pedir una entrevista a Lola, que, acudiendo a la cita por orgullo y no apagado amor, sale de ella manchada y humillada. Nueva salida del esposo de Lola y nueva cita aceptada, en la que la protagonista, para vengar su propio honor junto con el de su marido, mata a su antiguo amante. El remordimiento y la vergüenza van minando la existencia de Lola, la cual, al columbrar que aún puede el amor de su marido hacerla feliz, muere de mal del corazón.

Como se ve, el esqueleto novelesco no encierra dificultad; el escollo está en el revestimiento de esta armadura, pues el desarrollo del plan y las ideas en él emitidas demuestran una fantasía rica que con mil galas adorna la concepción bella, enriqueciéndola con un sabroso casticismo decir, a que no llega ninguno de nuestros actuales noveladores.

Claro está que las dificultades que bajo el dicho aspecto presenta son más bien subjetivas que intrínsecas a la misma novela, y la diversidad de juicios que acerca de ella se emitan dependerán más de las ideas estéticas del crítico que de los defectos de la obra. Nosotros, que ante las producciones verdaderamente bellas, como la que nos ocupa, prescindimos de exclusivismos de escuelas, no hemos podido todavía comprender por qué a obras de eminentes poetas y novelistas se les ha de rebajar el mérito poético de la concepción y las excelencias de lenguaje, llamándolas docentes, porque contengan ideas moralizadoras.

A nuestro humilde entender, es necesario distinguir con claridad el significado de las frases *obra docente*, *obra moral* y *obra bella*, y tener muy en cuenta que el poeta es hombre y como tal tiene sus creencias y su conciencia; conciencia y creencias que indefectiblemente se transparentarán en sus poéticas concepciones. Esta consideración nos hace desestimar ciertos conceptos con que se motejan algunas obras verdaderamente literarias, pues la experiencia nos ha convencido de que si en las obras poéticas aparecen conflictos en que la conciencia y los deberes religiosos juegan papel importante, el poeta descreído resuelve conforme a sus opiniones, mientras que el creyente se atiene a las normas de la moral cristiana. Y si de esas obras bellas—pues como tales las suponemos—una desprende el perfume de las flores cristianas y otra la fragancia mundanal, ¿por qué a la primera se la llama moral o docente y a la segunda no? ¿No presenta la vida humana los dos diferentes aspectos que se reflejan en ambas obras?

Aunque no convenimos con las ideas estéticas fundamentales del Sr. Croce, como ha tiempo demostramos en esta misma revista, no le negamos algunos aciertos en determinados puntos, que nosotros consideramos secundarios, y hasta nos aprovechamos de ellos cuando en ocasiones, como la que ahora *Lola* nos ofrece, tenemos necesidad de exponer nuestro criterio y desarrollar conceptos estéticos que, si bien son claros a la luz de la filosofía natural, se convierten en nebulosas por los sectarismos de escuela.

El Sr. Croce distingue con sensatez la idea estética o bella, de las ideas utilitarias, buenas, placenteras, religiosas, verdaderas, etc., etc.; aquella es la fundamental en la obra de arte; las segundas son accesorias o concomitantes, y todas pueden convivir. Pues bien; en la novela *Lola*, del Sr. Ocharan Mazas, se presenta clarísima la anterior distinción. La idea capital es evidentemente poética;

su desenvolvimiento, magistral; mas también existe la idea moralizadora secundaria, y porque de los nobles sentimientos cristianos con que el autor desarrolla su poética concepción se desprendan, al describir la vida humana, la caballerosidad, el honor, la magnanimidad, la resignación y otras hermosas virtudes cristianas, y aun el mismo escritor no se recata de decir que quiere hacer bien con sus obras, ¿vamos a condenar la novela como no bella? Sigamos a Croce, autor nada sospechoso, para dar mayor fuerza a nuestras opiniones.

Según el estético napolitano, el crítico, para emitir su juicio acerca de la obra que juzga, ha de ponerse en el mismo punto de mira en que se puso el artista, y así colocado, indefectiblemente verá, si es que la tiene, la belleza de la obra. Es precisamente lo que nosotros hemos hecho: ponernos en lugar del señor Ocharan, despojándonos de nuestros prejuicios, apasionamientos y opiniones, para dejar libre de obstáculos nuestra sensibilidad y poder recibir pura la impresión de la belleza de su obra, y por eso hemos visto a Lola radiante de hermosura, muy apasionada, como nacida en Filipinas, país de espléndido sol; mas también hemos notado su honor mujeril, su intelectualidad, su espíritu europeo, como la sangre que circula por sus venas, su divino don de la poesía; hemos gozado al contemplar su corazón noble, religioso, franco y sincero y su magnanimidad y constancia en amar al hombre que creyó ser el soñado de su fantasía y al que abrió su pecho de par en par, sin querer convencerse de la falsía de su amante hasta que vio su vida manchada por una falta irreparable; hemos comprendido su despecho al verse traicionada por el idolo de sus amores y su rápida boda con Jesús María, caballero sin tacha, que, locamente enamorado de ella, reprimió su pasión durante siete años, en los que ni una palabra de amor le dirigió por respetar el cariño que Lola tenía al hombre feliz que le había conquistado el corazón, no obstante verse preferido de aquella hermosa mujer, que anhelaba su opinión literaria para las obras poéticas que brotaban de su nimen femenino.

Hemos admirado la grandeza de alma de Jesús María al aceptar por esposa a una mujer que era su felicidad, pero que, si bien era estimado y querido de ella, no lo era de amor, y por eso, con toda la delicadeza de su corazón caballeresco y cristiano, al descubrirle en íntima confidencia la primera noche de bodas el silencio de sus amores durante siete años, le hace saber que no ignora que el casarse con él ha sido, no por cariño, sino por despecho ante la boda de su amante con otra mujer; franqueza que explica el por qué al pedirle Lola un beso, Jesús María no se lo niega, mas tampoco se lo da, pues tiene muy presente que si su esposa le ha dado los derechos de esposo ante el altar, no le ha entregado todavía el corazón y no quiere tomar posesión de su tesoro hasta que pueda disfrutarlo seguramente en toda su plenitud.

Lola lucha sinceramente para borrar de su alma la imagen del hombre que había amado con todas las fuerzas de su alma; Jesús María abruma de atenciones a su esposa con una delicadeza y tino que le engrandecen cada día más a los ojos de la mujer que aceptó al pie de los altares, y logra que el verdadero amor nazca y crezca lozano en el pecho de aquella mujer lapasionada; mas la ausencia de Jesús María durante el viaje que hizo para arreglar su casa de Sevilla dió lugar a que Curro, antiguo amante de Lola, espionte de la vida de los esposos, le escribiese una carta pidiéndole una cita, a la que la desventurada acudió desoyendo las voces de la prudencia, y de la que salió con su honor manchado y con la herida que la había de llevar al sepulcro en el corazón.

La infidelidad de Lola parece desvirtuar su carácter. ¿Cómo explicar aquella traición después de presentárnosla adornada de tan excelentes cualidades y de la inestimable de la pureza? ¿Cómo

cohonestar su caída con las palabras de fidelidad que promete a su esposo?

Esta absurda traición de Lola es precisamente lo que a nuestros ojos da al Sr. Ocharan un mérito indiscutible como psicólogo profundo y certero observador de la volubilidad y fragilidad del humano corazón. El no apagado amor de Lola hacia el hombre que la engañó de soltera y la destruyó de casada; su despecho amoroso, anhelante de humillar cara a cara al ingrato traidor, y la presunción de creer que poseía fortaleza más que suficiente para no temer el encuentro con su sagaz engañador, la arrastraron al Mentidero donde sucumbió su felicidad. Ese es el corazón humano; tenaz en sus apasionamientos, no cede hasta que desaparece el último destello de esperanza y no se convence hasta que el desengaño, frío y triste como losa sepulcral, cae inflexible sobre las ilusiones y sepulta la paz y la dicha soñadas. Por eso Lola, amante apasionadísima que llegó a decir a Curro en un delirio amoroso que «él era su Dios en la tierra», no obstante las deslealtades de su amante y verle casado con otra mujer, no podía concebir que el corazón de Curro no latiese para ella. Y al Mentidero fué arrastrada de los más encontrados sentimientos, saliendo de allí humillada y manchada la que entró limpia y altiva.

Lola, aun en los mismos instantes de su amorosa obcecación se dió cuenta de la enormidad de su pecado y de la falsía e ingratitud para con su esposo; y deseando darle de algún modo una satisfacción que compensase la amargura que su falta le había de causar, se la confesó ingenuamente, estoicamente; hasta le insultó para irritarle, llegando a ofrecerle su revólver para que tomase venganza. Mas la hidalguía y amor de Jesús María supieron vencer los primeros movimientos de ira, y en vez de acriminarla y matarla, se vengó derramando sobre ella la ternura de su amor, la dulzura de sus palabras y la magnanimidad de su corazón, proponiéndole el amor y felicidad del alma, ya que los cuerpos no podían unirse por el inseparable obstáculo de su infidelidad.

Ante la grandeza de alma de su esposo y el villanesco comportamiento de su amante, el corazón de Lola sintió el amor grande, inmenso, único, por Jesús María, y el odio y desdén implacables hacia su seductor.

Jesús María, al partir, irritado, en busca del cínico amante de su esposa para hacerle pagar cara su osadía, proporcionó a Lola ocasión de mostrar a su esposo el verdadero amor que le profesaba y de tomar venganza de su falso amante. Al anunciar Jesús María a su esposa el nuevo viaje y los motivos que a él le impulsaban, Lola no le ocultó la inquietud y zozobra en que quedaba, temerosa de que Curro le matase a él, y en sus sinceras lágrimas vió Jesús María cuanto su corazón le amaba.

No bien hubo Jesús María abandonado por segunda vez el cortijo del Olivar, cuando el infame seductor, que acechaba todos sus pasos, envió otra carta a Lola citándola a otra entrevista en el Mentidero para entregarle las dos cartas más apasionadas que ella le había escrito en los tiempos de sus amores. Lola, al recibir la carta, sonrió con diabólico contento y, preparando bien sus pistolas, montó en su yegua *Safa*, regalo de su esposo, y partió denodada a la cita.

Al poco tiempo de regresar Lola a su casa llegó Jesús María de Córdoba, y escuchó de los labios de su esposa la lacónica frase: «He matado a Curro.» Lola, desde que traicionó a su esposo, no tuvo un instante de paz; su deslealtad, en primer término, y después el crimen cometido, atormentaban su conciencia tan cruelmente, que destruyeron su corazón y le llevaron en breve tiempo al sepulcro, sin que los cuidados y mimos de su esposo y el bálsamo de amor que a raudales derramaba sobre su alma pudiesen contener los efectos del golpe mortal que su apasionado temperamento había sufrido; y por eso, cuando la conformidad y resignación comenzaron a reinar en su alma y pudo columbrar la felicidad

que todavía la aguardaba, al reposar su frente purificada en el pecho de su esposo, a pesar de su desgracia, la alegría le rompió el corazón. Al contemplarla Jesús María sobre el lecho, rígida, hermosísima y desgraciada, tuvo para ella la frase sublime que encerraba el inmenso amor que le tenía: «Que Dios te perdone, como yo te he perdonado.»

Así termina la novela *Lola*, en que la emoción dramática y la trágica conmueven profundamente; mas como, por seguir las huellas de la protagonista, hemos dejado otras bellezas del libro, vamos a recordárselas para, del mismo modo que hemos transparentado algo de la hermosísima concepción de la obra del Sr. Ocharan, reflejar—y así se entenderá mejor el conjunto—otros pormenores rebosantes de gracia y amenidad.

Comienza la novela con un prólogo del Sr. Rodríguez Marín; sigue la «Advertencia», en que el autor prohíbe su lectura a las solteras, y como preámbulo para entrar en materia nos dice que un librero de viejo, apodado el *Tostado*, le proporcionó los materiales del relato. Principia éste con una serie de cartas amorosas, primorosamente escritas, en las que su autora, Lola, después de hacer su biografía, va descubriendo su corazón femenino con todos los sentimientos y pasiones de que Dios la había dotado y, sobre todo, el amor inmenso y sincero que profesaba a Curro Montoya, hombre en quien ella veía el ídolo de su vida y a quien las dirigía.

En la correspondencia de estas cartas se habla de varios personajes que directamente aparecen después en la novela; tales son: Mamá Rosita, tía de Lola; Jesús María, perfecto caballero, amante y esposo; el Padre Piropro, sobrenombre con que el virtuoso sacerdote era conocido por su pintoresco modo de hablar, y otros varios jóvenes de ambos sexos que asistían al «Vergel de las Mocitas», de donde salieron multitud de casamientos, fruto de los afanes de Mamá Rosita.

Mamá Rosita, tía de la protagonista, a quien amaba como a las niñas de sus ojos, era una solterona que, habiendo perdido a su prometido en la francesada, le guardó fidelidad inquebrantable como si viviera. É hizo de su recuerdo amoroso el culto de su vida. Los vírgenes sentimientos de esposa y madre que atesoraba su corazón los empleó en labrar la felicidad de los jóvenes de ambos sexos que acudían a su patio, conocido en todo Sevilla, con el poético apodo de «El Vergel de las Mocitas», proporcionándoles los felicitosos momentos confidenciales que anriaban sus enamorados corazones.

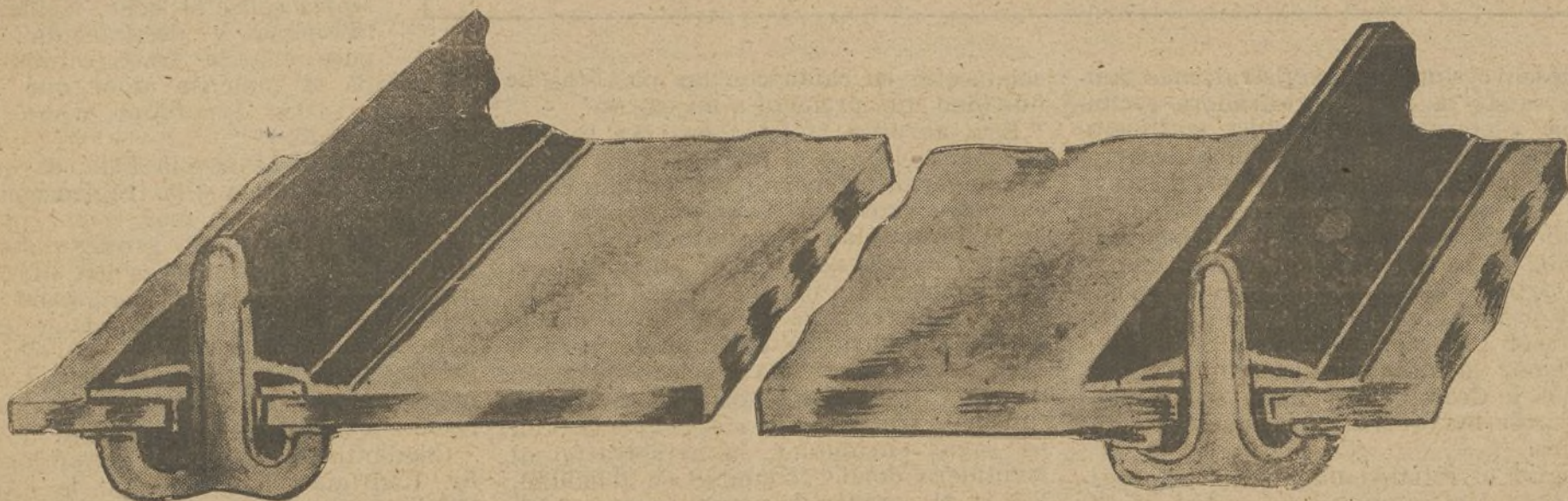
Jesús María, alma de artista y completo caballero, sintió la belleza de las poesías de Lola; buscó su amistad, logró ser admitido en «El Vergel de las Mocitas» y fué el crítico y confidente literario de la poetisa. Locamente enamorado de Lola, supo durante siete años guardar en lo profundo de su pecho el amor que hacia ella sentía, no obstante el interés de Lola en averiguar si era amada de aquel hombre con otro amor que el de la pura amistad literaria que los unía. Cortés, educado y prudente, guardaba todos sus mimos y atenciones para Mamá Rosita, sorteaba con exquisita delicadeza las acometidas insinuantes y traviesas de las niñas de «El Vergel de las Mocitas» y refrenó su lengua durante los siete años, sin jamás dirigir una frase galante a la dama de sus pensamientos, a pesar de conversar íntimamente con ella y verse por ella preferido, respetando el cariño que la mujer por él amada tenía a Curro.

La descripción de «El Vergel de las Mocitas» y el capítulo siguiente, «Jueguetitas», con la pintura del baile andaluz y la marmórea Nieves, son preciosísimos.

El capítulo nono puede arrancarse de la novela sin que poco ni mucho se note su falta, y, sin embargo, es el más hermoso de ella; trata de la Divinidad de Jesucristo, no de una manera teológica, sino racionalmente, con la ayuda de la fe. Fué una felicísima ocurrencia el intercalarlo tan oportunamente.

Hemos procurado dar una remota idea de las bellezas que encierra *Lola*. Si con nuestro artículo hemos logrado despertar el sentimiento estético de nuestros lectores, sólo nos resta decirles que si desean leer una verdadera novela, lean *Lola*.

Cubiertas de cristal sin masilla sistema ECLIPSE



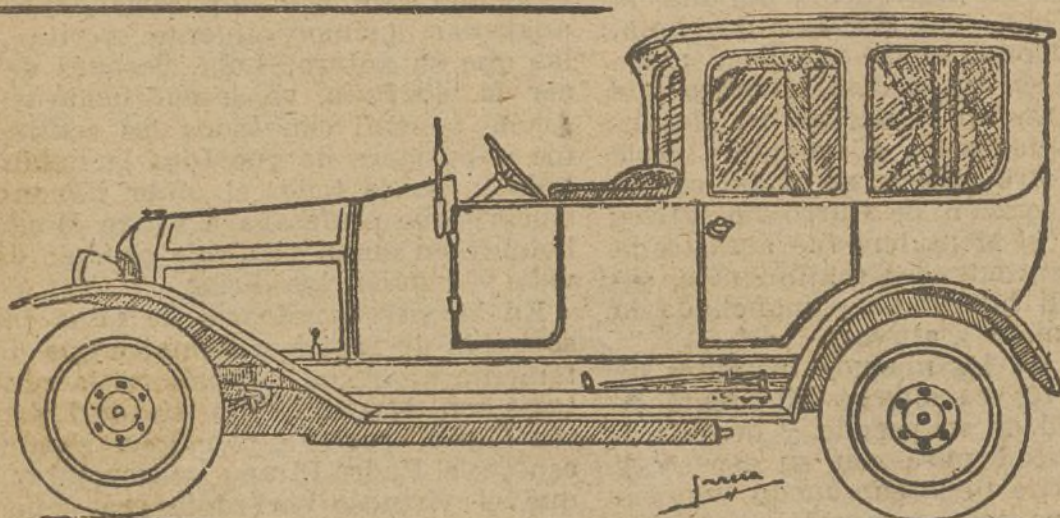
Juan Donate y Franco (GIJON)

Representación de Madrid: Costanilla de los Angeles, 13

AGUAS del INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

= BOVEDA (Lugo) =



Antes de adquirir un coche le interesa a usted conocer las inmejorables cualidades de los

AUTOMÓVILES D. F. P.

LAINÉZ-GARCÍA Y COMPAÑÍA

LUCHANA, 12

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Vista parcial del comedor del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado



UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. — Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

Impermeables Xavier

(Marca registrada)

Sastrería y pañería. Unica Casa en Asturias para uniformes militares.

XAVIER MARTIN

Universidad, 14; Sanz y Forés y Rúa, 18. Oviedo

CERVECERIA SETIEN, DE SACRAMENTO LAFUENTE

Corrida, 11

GIJON

Casa especial en mariscos y bebidas de las marcas más acreditadas. Café puro moka.

Talleres tipográficos de EL IMPARCIAL. — Duque de Alba, 4. — MADRID